



Eurasia en ascenso: cambios y continuidades en los órdenes regionales de Asia Central, el Cáucaso y Medio Oriente

Ariel González Levaggi

1. La Federación y la República Popular: entre el ascenso y el regreso de las potencias euroasiáticas

El orden internacional se encuentra atravesando un período de transición cuyas características fundamentales se encuentran en la erosión de la hegemonía norteamericana, y el creciente desafío en orden regionales en el espacio Euroasiático por parte de dos potencias emergentes, China y Rusia. El ciclo de deterioro del poder estadounidense ha estado aparejado con la creciente debilidad política y estratégica de las potencias establecidas tanto en la Unión Europea como en Asia, lo que contrasta con el ascenso y el activismo internacional de China, Rusia e India como actores centrales en el espacio eurasiático.

El retorno: la Rusia de Putin

En los últimos veinte años la Federación Rusa ha reconstruido su rol como actor clave en el espacio euroasiático y últimamente ha logrado una proyección estratégica en el escenario global a partir de su intervención militar en Siria (González Levaggi, 2018).

La llegada de Vladimir Putin al poder permitió la reconstrucción del poder central de Moscú tanto en el plano doméstico como en el ‘vecindario próximo’ del espacio que perteneció a la Unión Soviética. En una meteórica carrera, el ascendente líder fue elegido primero como Primer Ministro en 1999, apuntado luego como delfín por el Presidente Boris Yeltsin y finalmente victorioso en las elecciones Presidenciales de 2000. A pesar del breve interregno entre 2008 y 2012 en el cual Dimitri Medvedev asumió la Presidencia – y Putin quedó a cargo de la oficina del Primer Ministro –, la centralidad de las decisiones han estado concentradas en la figura de Vladimir Putin que exitosamente reconstruyó las bases de la legitimidad doméstica en favor del Kremlin, disminuyendo el peso de otros actores institucionales como la Duma Estatal (Cámara Baja), el Consejo de la Federación (Cámara Alta), los Partidos Políticos, además de limitar el rol de las regiones que habían ganado autonomía luego de la disolución de la Unión (Wegren y Herspring, 2013).

La fortaleza de la nueva institucionalidad centralista no tuvo la misma suerte que en el plano económico con el desarrollo de un capitalismo periférico (Dzarasov, 2014). Un modelo económico extractivo basado en la explotación de hidrocarburos y la producción minera permitió reconstruir lentamente sus capacidades económicas en el contexto de una economía abierta pero con serios límites en términos de su modernización y sustentabilidad económica y jurídica. La crisis internacional de 2008, junto a la baja de los precios de los productos energéticos, mermaron la potencialidad macroeconómica del país, a lo que luego se sumaron las múltiples rondas de sanciones por parte de Occidente desde 2014 debido a su asertiva política externa en Ucrania. Según datos del Banco Mundial, el producto bruto interno total en términos nominales en 2017 se encuentra casi el mismo nivel que 2008, mientras que el gasto militar se ha ido incrementando de manera sostenida, y en 2017 ya es superior al 20% en relación a 2008 (USD 66.3 mil millones). Otro de los déficits estructurales de Rusia

es su tendencia demográfica a la baja con una población similar a la que tenía el territorio actual de la Federación en 1986, aunque en los últimos años se ha revertido su descenso.

Mientras en el ámbito doméstico se priorizó el control centralizado desde Moscú en los planos institucional y territorial, la estrategia internacional del Kremlin apuntó a sostener dos objetivos fundamentales: la búsqueda de primacía en el espacio post-Soviético y la preservación de influencia en el ámbito global desde una perspectiva de gran potencia en un contexto internacional signado por crecientes presiones sobre su ámbito de influencia regional por parte de Occidente (Tsygankov, 2011).

Una de las características centrales de política exterior rusa en su última década ha sido no solo la promoción política y cultural de una nueva Rusia sino también la utilización de herramientas de poder duro, desde la amenaza del uso de la fuerza hasta su uso efectivo ya sea como una operación punitiva (Georgia, 2008), guerra híbrida (Ucrania, 2014) o proyección en un escenario de ultramar para sostener un aliado y ampliar activos estratégicos (Siria, 2015 a la fecha). La asertividad externa y el uso de la coerción como un instrumento diplomático tienen sus raíces en la incorporación de países de los Europa Oriental y de la ex-URSS en la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y la Unión Europea, además de la colocación de sistemas de defensa anti-misilística en la periferia de la Federación y los intentos de colocación de instalaciones permanentes en el Mar Negro. En este sentido, desde un punto de vista ruso, las acciones punitivas no son más que parte de una estrategia defensiva y no una conducta revisionista frente al orden internacional.

Los analistas y expertos tienen perspectivas divergentes para explicar la conducta rusa – desde aquellos que caracterizan diplomacia rusa como ofensiva y agresiva planteando similitudes con la Guerra Fría hasta aquellos que encuentran una lógica defensiva en las acciones internacionales (Sergunin, 2015). De todas maneras, la política exterior y de seguridad rusa están caracterizadas por una dualidad y una ambigüedad ‘neo-revisionista’ en la cual, para denunciar las violaciones de las normas del orden internacional imperante se llevan adelanten acciones de carácter unilateral (Sakwa, 2015). Moscú ha respondido a diferentes niveles y escalas a la percibida irrupción de Occidente en su

‘vecindario próximo’ como el impulso a las ‘revoluciones de color’ para desestabilizar a gobiernos aliados. Sin embargo, durante los últimos años se ha dado una profundización en la proyección y uso del factor militar frente a dichos desafíos con hechos innovadores para la Rusia post-soviética. Además, el uso de la coerción ha estado acompañado por la revitalización y modernización del instrumento militar que le ha dado un impulso renovado a la industria de defensa posicionando a *Rosoboronexport* como una agencia clave para proyectar sus intereses a nivel global, además de generar ingresos adicionales para su alicaída economía.

Por otro lado, a partir de las sanciones económicas en 2014, la estrategia ‘neo-revisionista’ se combinó con una reorientación hacia Asia-Pacífico, denominada como ‘Pivot hacia el Este’ por la cual no solamente se acentuó el bi-continentalismo ruso (Sakwa, 2015), sino que además le permitió un acercamiento bastante inusual con la República Popular China que incluyó una serie de acuerdos como el contrato entre Gazprom y CNPC (Corporación Nacional China de Petróleo) para la provisión de gas ruso por 38 billones de m³ durante 30 años, la incorporación en la iniciativa china del Banco Asiático de Inversiones e Infraestructura (AIIB) y el acuerdo de los Bancos Centrales para el intercambio de monedas (swap) para comerciar en sus propias monedas, abandonando el dólar como moneda de intercambio.

En conclusión, la reconstitución de las capacidades institucionales y nacionales de la Federación Rusa le han permitido volver al escenario de la ‘Gran Eurasia’ como un actor central en la estructuración de un espacio crecientemente autónomo, además de la promoción de una narrativa geopolítica post-occidental de un mundo multipolar.

El ascenso: OBOR y el ‘sueño chino’

China es la potencia económica del siglo XXI. Los principales indicadores muestran que la República Popular China se ha convertido en la segunda potencia económica y militar a nivel global. Desde el inicio de las reformas de Deng Xiaoping en 1978 hasta la ambiciosa propuesta del ‘Sueño Chino’ por parte del actual Presidente Xi Jinping, la evolución económica, comercial y social del país asiático ha sido sorprendente. Los óptimos resultados macroeconómicos que le

permitieron crecer en el período 1978-2008 a una media cercana al 10%, obligaron a realizar ajustes progresivos sobre sus prioridades en la agenda regional e internacional.

Sin embargo, las perspectivas de su ascenso como uno de los polos de poder global no son sencillas. Al igual que Rusia, el entorno regional de China dista de ser pacífico. El desarrollo nuclear de Corea del Norte, la cuestión de Taiwan, las tensiones crecientes en el Mar del Sur de China y la existencia de la amenaza separatista en las zonas del Tibet y Sinkiang son algunas de las muestras más patentes. Sin embargo, el peso relativo de China ha modificado los cálculos de balance regional. El ascenso económico de la potencia asiática ha conllevado una serie de consecuencias no intencionales para el orden internacional en general, y la Gran Eurasia en particular.

En primer lugar, obligó a la dirigencia de la República Popular a llevar adelante una estrategia más sofisticada tanto en el plano regional como en el global, promoviendo desde la idea del ‘ascenso pacífico’ hasta la iniciativa OBOR. Las bases de la cosmovisión doctrinal de la política exterior china se basan en los Cinco Principios de Coexistencia Pacífica enunciados por Zhou Enlai, en el Comunicado Conjunto firmado junto al Premier Indio Jawaharlal Nehru en 1954 entre los que se incluye el respeto mutuo de la soberanía e integridad territorial, la práctica mutua de la no agresión, la no interferencia en los asuntos internos del otro Estado, igualdad y beneficio mutuo, y la coexistencia pacífica (Malena, 2010).

El reemplazo del criterio económico sobre el ideológico generó cambios en la estrategia general china tanto en su relación con los bloques del mundo bipolar, como con los principales temas de preocupación regional impulsando vinculaciones más pacíficas con sus vecinos y fomentando el multilateralismo. Desde los tiempos de Deng hasta recientemente, la dirigencia china optó por una política exterior de bajo perfil al servicio de una estrategia de reforma económica y apertura al exterior para acceder a financiamiento, tecnología y capacitación con el objeto de modernizar su economía y promover un ‘socialismo con características chinas’ (Bregolat, 2007).

Luego de la crisis de Tiananmen en 1989 y las múltiples protestas internacionales en relación a los derechos humanos, China buscó salir del aislamiento diplomático mediante el establecimiento de relaciones

óptimas con todos los países mediante un enfoque de bajo perfil (Zhang, 2012). Sin embargo, a mediados de los años 1990s China normaliza su inserción internacional retomando una mezcla de diplomacia de gran potencia, iniciativas regionales y regionalismo multilateral avanzando con las ideas de multipolarización y un Nuevo Concepto de Seguridad promocionado a nivel regional. Ya en los años 2000, el Premier Wen Jiabao presenta el concepto del “surgimiento pacífico de China”, que luego será presentado como el “desarrollo pacífico” por parte del Presidente Hu Jintao (2003-2013). El bajo perfil será modificado por la llegada del Presidente Xi Jinping (2013-) quien promueve un activismo internacional en torno a la idea del ‘sueño chino de la gran revitalización de la nación china’ que implica la construcción de una ‘sociedad moderadamente próspera’ y la construcción de un ‘país socialista moderno que sea próspero, fuerte, democrático, culturalmente avanzado y armonioso en el año 2049’ (Malena, 2018, p.16-17). En palabras del Presidente Xi Jinping, la nueva forma de vinculación internacional responde a la promoción integral de “la diplomacia de gran país con peculiaridades chinas (...) configurando una disposición diplomática omnidireccional, de múltiples niveles y multidimensional, lo que ha creado condiciones externas favorables para el desarrollo de nuestro país” (Xi Jinping, 2017).

En segundo lugar, China tuvo que hacer frente a estrategias de balances suaves (y no tan suaves) que comenzarían a partir de la Administración Obama pero que luego se profundizarían con la llegada de Donald Trump al poder y el inicio de la ‘guerra comercial’. La competencia entre Estados Unidos y la República China es una de las características novedosas del orden internacional, que se ha expresado últimamente en la asertividad de diversas medidas comerciales avanzadas desde Washington, además del ejercicio de presiones para que países afines limiten sus vínculos con el país asiático. Desde el punto de vista estructural, hay varias razones que abonan las crecientes tensiones bilaterales. Según datos del Banco Mundial, si en el año 2000 la economía china era solamente el 11% de la norteamericana, hoy en día representa un porcentaje superior al 65%. En términos del gasto militar todavía hay una clara hegemonía estadounidense aunque con un progresivo desgaste tanto por el gasto total que en 2000 representaba el 42% y hacia 2017 solo un tercio (SIPRI, 2018)¹, como en términos de resultados dada la inefectividad de las grandes operaciones militares desarrolladas en Afganistán e Iraq.

A pesar de la centralidad de la política externa china, las prioridades estratégicas del liderazgo se encuentran en el ámbito doméstico, fundamentalmente en la estabilidad del régimen, el desarrollo económico y la integridad territorial. En su narrativa oficial, China vincula las cuestiones de seguridad interna con la prosperidad económica y la armonía social. En relación a estos dos últimos objetivos, la iniciativa de la Franja y la Ruta (OBOR) tiene un valor importante para desarrollar las áreas económicamente más postergadas del occidente chino y establecer un cinturón de prosperidad en áreas problemáticas dada la existencia de sentimientos separatistas en un sector de la población de origen uigur que representan casi la mitad de la población de la Región Autónoma del Sinkiang uigur. La dimensión interméstica es fundamental para comprender el OBOR ya que solamente esa provincia tiene fronteras con ocho países, además de capitalizar la mitad de las rutas terrestres de la iniciativa OBOR hacia el espacio euroasiático como son el Nuevo Puente Económico Euroasiático, el Corredor Económico China-Asia Occidental y el Corredor Económico China-Pakistán. Otra ruta de vital importancia para la estrategia euroasiática china es el Corredor China-Mongolia-Rusia cuyo punto de destino es San Petersburgo (Derudder, Liu & Kunaka, 2018). En esa línea, OBOR se presenta como parte central de la gran estrategia para reposicionar a China como un actor central en el espacio euroasiático, tanto en el ámbito terrestre como en el marítimo.

2. Órdenes Regionales en la Gran Eurasia: Asia Central, el Cáucaso y Medio Oriente

El concepto de la Gran Eurasia tiene un alcance heterogéneo que presenta diferentes visiones del orden internacional pero que apunta en términos generales a proyectar una contranarrativa frente a las iniciativas y perspectivas de las potencias atlánticas, y fomentar una visión multipolar del orden internacional (Serbin, 2018). En el plano geopolítico, este concepto se materializa a través de dos espacios interrelacionados pero distintivos, lo terrestre y lo marítimo. Esta sección analiza los corredores terrestres de la Gran Eurasia que incluye una serie de órdenes regionales – Asia Central, el Cáucaso y el Medio Oriente – con dinámicas de seguridad e interacción diferenciadas y dos elementos en común a destacar, la creciente conectividad comercial y energética, y la asertividad del eje Sino-Ruso sobre el bloque Atlantista.

Asia Central: entre la competencia y la cooperación sino-rusa

La autonomía de Asia Central en la política internacional es un fenómeno relativamente nuevo en la política internacional ya que se desprende de la desaparición de la Unión Soviética. El fin de la URSS abrió una era de pluralismo geopolítico en la Eurasia ruso-parlante. Desde la época del Imperio Zarista, Asia Central fue formalmente parte integral de Rusia desde el siglo XIX. La independencia de las Nuevas Repúblicas Centroasiáticas – Kazajistán, Uzbekistán, Turkmenistán, Kirguistán y Tayikistán – presentó un desafío tanto para la determinación de políticas exteriores de estos estados frente a un nuevo orden internacional, como para sus vecinos, en particular para la Federación Rusa y la República Popular China. A casi treinta años, los países Centroasiáticos se encuentran frente a una nueva encrucijada dada la compleja dinámica entre Rusia y China en la región, atravesada por convergencias en el ámbito de la seguridad regional aunque con tensiones en el plano económico donde se visualiza un efecto desplazamiento del eje de gravitación desde Moscú hacia Beijing.

Las relaciones entre Rusia y China no siempre se caracterizaron por la cordialidad. Por el contrario, la desconfianza ha sido la marca de las vinculaciones bilaterales desde la ruptura Sino-Soviética a finales de los años 1950s. A pesar de compartir un tipo de régimen ideológico, sus trayectorias regionales e internacionales divergieron en un entorno caracterizado por la competencia en el campo socialista, al menos hasta mediados de los años 80s cuando los nuevos aires de reforma implementados por Mijaíl Gorbachov con la Glasnost y la Perestroika generaron una relativa normalización de los lazos. Con sus idas y vueltas, la relación entró en una nueva etapa con la creación de la Federación Rusa y las nuevas Repúblicas Centroasiáticas con las preocupaciones centradas no tanto en la competencia ideológica-estratégica, sino en torno a la estabilidad regional vinculada a temas de seguridad regional y, posteriormente, relacionado con la presencia de elementos militares de los Estados Unidos en la región. Si bien la vinculación bilateral ha sido interpretada de múltiples formas desde la existencia de un eje asociativo como en la continuación de la competencia estratégica (Eder, 2014), ambos comparten tanto la identificación común de amenazas regionales como una narrativa común en torno a la construcción de un mundo multipolar.

En relación al primer punto, hay un consenso – posteriormente expresado en la Organización para la Cooperación de Shangai – sobre una percepción compartida de amenazas sobre los ‘tres males’ definidos como el terrorismo, separatismo y extremismo religioso, además de identificar la presencia de potencias extrarregionales como un factor proclive a fomentar la inestabilidad regional (Aris, 2009). A diferencia de otros órdenes regionales euroasiáticos, la existencia de conflictos interestatales e intraestatales ha ido mermando conforme la Federación Rusa recuperó su rol hegemónico, además del fortalecimiento de los procesos de construcción nacionales en los estados centroasiáticos. Si bien en los años 90 hubo un episodio de guerra civil (Tayikistán, 1992-1997) y múltiples episodios de disputas militarizadas con epicentro en Uzbekistán, la principal amenaza a la seguridad nacional ha sido la radicalización de grupos islámicos y el uso de tácticas terroristas, amenaza compartida con los dos grandes vecinos, China y Rusia.

En relación a la visión sobre la construcción de un mundo multipolar, dicha cosmovisión no es novedosa. En abril de 1997, los representantes permanentes de ambos estados en Naciones Unidas firmaron la “Declaración Conjunta Ruso-China sobre un Mundo Multipolar y el Establecimiento de un Nuevo Orden Internacional”, mientras que los discursos y documentos oficiales de política exterior de los principales líderes realizan un llamado a la ‘democratización’ de las relaciones internacionales, además de destacar – como lo plantea el documento oficial ‘El desarrollo pacífico de China’ – la tendencia global es irresistible hacia la multipolaridad (RPCh, 2011) y la existencia de una progresiva dispersión del poder entre las regiones Euro-Atlántica, Euroasiática y Asia-Pacífico, según lo afirmado por el documento de Concepto de Política Exterior de la Federación Rusa (MFARF, 2013).

Más allá de los puntos en común, la existencia de cuantiosos recursos energéticos y la logística de su transporte presentan matices en relación a la construcción de un eje estratégico anti-occidental como propone la narrativa euroasiática. De acuerdo con el Banco de Desarrollo Asiático, el porcentaje de reservas probadas de petróleo representan el 2,37% (más del 95% concentradas en manos de Kazajstán), las reservas de gas son el 4,28% del total mundial repartido entre Turkmenistán, Kazajstán y Uzbekistán, mientras que detenta el 17% de las reservas mundiales de uranio, la mayor parte en Kazajstán (ADB, 2010). El país liderado desde

su independencia por Nursultan Nazarbayev ha sido no sólo el elegido para el puntapié inicial de OBOR sino como el principal receptor de los proyectos de la iniciativa con un *stock* acumulado superior a los USD 40 mil millones cuya principal área ha sido la energética, incluyendo además energía nuclear como la construcción conjunta de una planta para la fabricación de combustible nuclear. Kazajistán cumple un rol destacado en el desarrollo de la infraestructura energética que conecta China con Asia Central que actualmente se compone por un gaseoducto y un oleoducto China-Kazajistán, junto con los gaseoductos China-Asia Central que se dividen en cuatro líneas y que incluyen a Turkmenistán y Uzbekistán como proveedores al mercado chino.

Además del área energética, la ‘conectividad’ para mejorar las comunicaciones y el transporte ocupa un lugar relevante en la agenda regional de OBOR. Entre las iniciativas que han prosperado se cuentan la creación de las líneas férreas Pop-Angren en Uzbekistán y Uzen-Bereket-Gorgan entre Kazajistán e Irán, además de acordar la puesta en marcha del postergado ferrocarril China-Kirguistán-Uzbekistán. Por otro lado, OBOR permitió el desarrollo de la autopista China-Kirguistán-Uzbekistán y la modernización de la autopista Dushanbe-Chanak en Tayikistán, además de la modernización del puerto seco Khorgos ubicado en la frontera sino-kazaja (Hashimova, 2018). Ante la necesidad de actualizar la infraestructura heredada de la época soviética y ante la posibilidad de mejorar su competitividad regional para lograr un mejor acceso tanto en el mercado chino como hacia Occidente, los países de la región recibieron favorablemente las inversiones chinas. Sin embargo, estas modificaciones han trastocado la red de transportes centrada en la economía rusa.

Para China las motivaciones para incrementar su conectividad “no son solo el desarrollo en el extranjero sino también la estabilización económica en el país (...) OBOR utiliza las reservas de capital de China para invertir en el extranjero y estimular la demanda económica extranjera de bienes y servicios chinos, en parte para hacer frente a la caída de la demanda en el país” (Lain, 2018, p. 2). Esa política le ha generado resultados concretos a la hora de evaluar su influencia regional ya que el país asiático se ha convertido en el principal socio comercial, además de posicionarse como el principal proveedor de préstamos e inversor externo en infraestructura, desplazando progresivamente el tradicional papel de Rusia, que posee cierta primacía en las áreas de seguridad, política y cultura.

Sin embargo, en Moscú hay una preocupación creciente dada la velocidad de los compromisos asumidos y ciertas señales ambivalentes desde Beijing. Si en el área cultural Moscú era la referencia obligada, hoy en día ese lugar se ha visto resentido tanto por la preferencia de las elites post-soviéticas en la elección de Universidades occidentales para las próximas generaciones, como los esfuerzos de diplomacia pública de China para atraer estudiantes a sus universidades. En el ámbito político, la autoridad rusa se ve opacada por el ‘ascenso pacífico’ de la diplomacia china que le brinda a la dirigencias centroasiáticas un margen de maniobra más amplio frente a las recurrentes presiones del Kremlin para alinearse con su política exterior y de seguridad, o para ampliar compromisos en la Unión Económica Euroasiática. Finalmente, China ha avanzado en el ámbito de la seguridad multilateralmente comprometiendo a Rusia, pero también cautelosamente de manera bilateral mediante el desarrollo de ejercicios conjuntos en contra-terrorismo, entrenamiento, asistencia militar y venta de armamento, que se suman a provisión de seguridad a los proyectos OBOR por parte de empresas de seguridad privada ‘con características chinas’ de lazos fluidos con el aparato de seguridad nacional (Arduino, 2018).

La narrativa de la multipolaridad hace referencia indirecta al respeto de las ‘zonas de influencia’ en las cuales la presencia de potencias extrarregionales es vista como una amenaza a la estabilidad regional. La retirada de las bases estadounidenses de Asia Central luego del cierre de Base de Tránsito Aéreo de Manas en Kirguistán en 2014 eliminó uno de las amenazas comunes, lo que podría afectar en el mediano plazo el balance seguridad/economía entre Rusia y China, generando incentivos para una potencial competencia regional.

El Cáucaso: bajo la supervisión de Moscú

Como la zona más conflictiva del espacio post-Soviético, el Cáucaso ha sido uno de los puntos calientes de la geopolítica global desde el fin de la Guerra Fría. Entre sus activos se cuentan la existencia de un importante *stock* de recursos energéticos que forman parte del ‘gran juego’ de la potencialidad geoeconómica en términos de su explotación y transporte hacia los mercados occidentales. Las pretensiones geopolíticas y las narrativas identitarias son claves para comprender el complejo mosaico regional, caracterizado como una zona de ‘sismos geopolíticos’ dada

la existencia de múltiples fracturas tectónicas entre los “Mares Negro y Caspio, Europa y Asia, Rusia y Oriente Medio, Cristianismo e Islam y, más recientemente, democracia y dictadura” (De Waal, 2010, p.1).

Luego de la implosión de la Unión Soviética, la conflictividad entre y dentro de las ex-repúblicas socialistas brindó múltiples incentivos para la extensión de intereses por parte de actores regionales como extrarregionales, ante el vacío geopolítico dejado por la Unión. Desde la independencia de la región del Cáucaso Sur, este orden regional ha demostrado una gran propensión a la inestabilidad tanto en las interacciones entre sus miembros, como por la intervención de terceros actores. Turquía ha utilizado sus lazos étnico-lingüísticos con Azerbaiyán para avanzar su agenda caucásica bajo el moto ‘una nación-dos pueblos’, Irán ha tratado de atraer infructuosamente a Azerbaiyán a pesar de compartir un legado cultural y religioso común, mientras que Occidente ha fomentado una política anti-rusa en Georgia, que a su vez ha aspirado infructuosamente a incorporarse a la Unión Europea y a la OTAN.

Como en Asia Central, la seguridad y la energía son dos *drivers* fundamentales para entender las dinámicas entre los principales actores regionales y extrarregionales, aunque el primer factor tiene primacía sobre el segundo.

La caída de la Unión Soviética trajo serias consecuencias en su periferia debido a la incapacidad de resolver conflictos de origen local como en el caso del Cáucaso donde en la primera mitad de la década del 90 proliferaron conflictos interestatales e internos, además de la intervención indirecta o directa en dichos conflictos regionales. Las nuevas repúblicas de Armenia y Azerbaiyán se involucraron en una disputa armada por la región de Nagorno-Karabaj (1991–1994) aunque las causas del conflicto no han sido resueltas al día de la fecha. Al contrario, la victoria militar armenia en dicha región sumada a la incorporación de siete regiones administrativas azeríes ha bloqueado cualquier normalización de las relaciones bilaterales. En el caso de Georgia, en el período inmediato post-independencia sufrió una guerra civil, además de rebeliones en las regiones de Abjasia y Osetia del Sur que serán consideradas por Rusia como una especie de ‘aliados sub-nacionales’ dada las tensiones ruso-georgianas luego de la partida de Eduard Shevardnadze como Presidente de Georgia y el ascenso al poder de Mikheil Saakashvili con la ‘Revolución de las Rosas’ en 2003.

Conforme la Federación Rusa fue reconstituyendo sus capacidades, le permitió cumplir con mayor efectividad su rol de mediador en el conflicto entre Azerbaiyán y Armenia, al mismo tiempo que facilitó el bloqueo de los intereses occidentales en su principal *proxy* regional, Georgia. El corto conflicto de agosto de 2008 que enfrentó fuerzas militares georgianas y rusas fue el principio del fin para las aspiraciones de autonomía internacional de Georgia y, en menor medida, para la política de balance externo de Azerbaiyán, como así también para las iniciativas multilaterales pro-occidentales como el acuerdo regional GUAM (1997) que incluía a Georgia, Ucrania, Azerbaiyán, y Moldavia. Además, la intervención rusa envió un mensaje de no intervención para los demás actores externos desde Turquía hasta los Estados Unidos, que brindaban cooperación militar al gobierno de Saakashvili. Desde un punto de vista geopolítico, la hegemonía y supervisión de Rusia se ha convertido en casi exclusiva, desplazando al resto a un segundo lugar.

En el caso de China, todavía es un actor marginal pese a que la iniciativa de la Ruta de la Seda ha colaborado a incrementar su grado de inserción regional, aunque de manera indirecta, mediante el apoyo a iniciativas en curso o el financiamiento de proyectos identificados como el Gaseoducto Trans-Anatólico mediante un préstamo del AIIB. Como una especie de corredor intermedio entre su periferia en Asia Central y los puertos ubicados en Asia Occidental, China apoyó la construcción del Corredor de Transporte Internacional Transcaspio (TITR) aunque el financiamiento estuvo en manos de Azerbaiyán y Turquía (Huseynov y Rzayev, (2018). Entre otras acciones destacadas, China firmó un acuerdo de libre comercio con Georgia y un acuerdo de asistencia militar con Armenia por USD 1.500 millones. Este acuerdo incomoda a Rusia, principal socio en materia de defensa que además cuenta con la Base Militar de las Fuerzas Rusas en Transcaucasia, que últimamente se ha acercado a Azerbaiyán para incrementar su peso regional.

Volviendo al tema energético, los recursos del Cáucaso están concentrados en Azerbaiyán, que además es el principal promotor regional de la interconectividad energética hacia los mercados occidentales. De acuerdo con el informe anual de BP, el porcentaje de reservas probadas de Azerbaiyán representan el 0.7% de gas natural y 0,4% de petróleo sobre el global (BP, 2018). A pesar de su reducido tamaño, su ubicación clave le permite desempeñarse como un nodo entre las reservas del Mar

Caspio y su proyección hacia Europa mediante una cooperación amplia con Georgia y Turquía por la cual han desarrollado una serie de proyectos de transporte energético que conectan Bakú con diversos puertos del país del Bósforo como el oleoducto BTC (Baku-Tiblisi-Ceyhan), y los gaseoductos del Cáucaso Sur (o BTE, Baku-Tiblisi-Erzurum) y el Trans-Anatólico (TANAP) que vincula los pozos gasíferos de Sha Deniz II hasta las fronteras de Turquía con Grecia donde conectaría próximamente con el gaseoducto Trans-Adriático cuyo destino final sería Italia.

El potencial hidrocarburífero de la región sigue siendo monitoreado por la Federación Rusa que ha modificado su estrategia de oposición frontal a las iniciativas de transporte hacia mercados occidentales desde el Cáucaso mediante la atracción de Turquía y Azerbaiyán hacia su esfera de influencia energética. Desde finales de años 1990, Moscú ha firmado una serie de acuerdos con Ankara en los cuales garantiza envíos creciente de gas (*Blue Stream*), además de permitir la reexportación a terceros mercados (*Turkish Stream*), por lo cual ha ganado una herramienta de influencia energética clave frente a un potencial competidor regional. En el caso de Azerbaiyán, se renovó el envío de gas natural a Rusia por primera vez desde el fin de la Unión Soviética y se avanzó en el desarrollo de proyectos conjuntos como los acuerdos para la explotación de hidrocarburos en el parte norte del mar Caspio, acordados luego del Tratado sobre el Estatus del Mar Caspio firmado en agosto de 2018 por Irán, Azerbaiyán, Kazajistán, Rusia y Turkmenistán.

El Cáucaso ha crecido en autonomía regional desconectándose de las problemáticas de seguridad en zonas adyacentes como el Medio Oriente y el Mar Negro Oriental. La conflictividad regional sigue latente dada la persistencia del conflicto entre Armenia y Azerbaiyán, además de la existencia de los quasi-estados Abjasia y Osetia del Sur en territorio georgiano, pero sus dinámicas se encuentran sometidas en parte a la hegemonía de Moscú que bloquea interferencias desde el exterior en cuestiones de seguridad.

Medio Oriente: entre la gran crisis y el cambio global de roles

A lo largo de la historia, la autonomía del orden regional de Medio Oriente ha sido relativamente baja, inclusive en los primeros años de la Guerra Fría y durante el proceso de descolonización dado al alto

nivel de penetración por parte de potencias extrarregionales (Miller, 2007). Durante la Guerra Fría, los Estados Unidos y la Unión Soviética competían por aliados en el contexto de una región altamente conflictiva centrada en el conflicto árabe-israelí (Walt, 1987). En la post-Guerra Fría, la centralidad de la conflictividad giró – en una primera instancia – hacia el conflicto palestino-israelí, mientras que la intensidad se atenuó tanto por el retiro progresivo de la Unión Soviética durante los años de Mijaíl Gorbachov como Secretario General y la voluntad estadounidense de actuar como el interlocutor principal para el mantenimiento de la seguridad regional como lo demostró la decisión de la administración de George Bush para intervenir en la Segunda Guerra del Golfo (1990/91) y el rol posterior del gobierno demócrata en el proceso de las negociaciones de Paz de Camp David entre Isaac Rabin y Yasser Arafat.

La guerra contra el terrorismo y las posteriores invasiones de Afganistán e Iraq transformaron el escenario regional hacia una mayor inestabilidad dada las crecientes tensiones por la competencia estratégica entre la República Islámica de Irán y la Monarquía Saudí, además de la proliferación de agrupaciones islamistas en los países árabes con una visión crítica de los regímenes y, en casos aislados, utilizando metodologías de tipo terrorista contra las autoridades. La disputa sobre el tipo de principios en relación a la legitimidad política, la intervención de EE.UU. en la región y la presencia de Israel alteró las frágiles bases de la estabilidad regional, generando una situación de desorden regional.

En un formato mucho más intenso que el Cáucaso y Asia Central, la interacción entre los socios locales y las potencias extrarregionales se encuentra centrada en la competencia geopolítica y los asuntos de seguridad con problemáticas que incluyen desde el desarrollo nuclear de la República Islámica de Irán hasta la existencia de múltiples (y en algunos casos solapados) conflictos armados internos. El orden regional se encuentra bajo una ‘gran crisis’ caracterizada por tensiones entrelazadas en cada uno de los niveles analíticos (internacional, regional, interestatal, estatal y subnacional) dentro de un marco multitemático desde temas relacionados con el clivaje identitario hasta la tradicional rivalidad entre grandes potencias (Halliday, 2005).

Hacia fines de la segunda década del siglo XXI, el orden regional se encuentra caracterizado por la inexistencia de reglas y normas comunes,

además de un nuevo ciclo de intervención de potencias extrarregionales y una acentuada dinámica de competencia regional entre las principales potencias regionales: Irán, Arabia Saudita, Turquía, Israel y Qatar (Kissinger, 2016). Esta situación se agravó con el fenómeno de las Revoluciones Árabes – conocido también como Primavera Árabe – debido a que desestabilizó a varios de los actores claves para el equilibrio regional como Libia, Egipto y Siria que pasaron a ser víctimas de la ‘gran crisis’ con diferentes resoluciones desde la estabilidad (Egipto con el Presidente Al-Sisi) hasta el caos (Libia post-Khadaffi) (Hinnebusch, 2015).

La intensidad de la guerra civil en Siria, junto con las tensiones entre Estados Unidos y Rusia, generaron nuevas discusiones sobre el intervencionismo de las grandes potencias en el orden regional. Sin embargo, a diferencia de Asia Central y el Cáucaso, las potencias regionales tienen un peso mucho más relevante en la determinación de los resultados colectivos. De todas maneras, la interacción entre los intereses de potencias regionales y extrarregionales dentro de un esquema de competencia geopolítica ha incentivado la intensidad del dilema de seguridad regional caracterizado por las guerras de aproximación (*proxy-wars*), carreras armamentísticas y el uso de los clivajes identitarios y religiosos en relación a intereses estratégicos.

En el caso de las guerras de aproximación, éstas no solamente incluyen actores regionales, sino también actores extrarregionales. A partir de 2015, ha habido un sorpresivo cambio de roles en la región por el cual Moscú ha desplazado progresivamente a Washington como el principal actor global en materia de solución y mediación de conflictos regionales aunque sin una salida clara en relación a los factores que han alimentado la gran crisis regional. Hoy en día existen tres núcleos de inestabilidad: el área del Levante con epicentro en la guerra civil siria, el área de la Mesopotamia signado por la derrota del Estado Islámico y el ascenso del componente kurdo tanto en Iraq como en Siria y, finalmente, la Guerra Civil en Yemen en la cual intervienen principalmente Arabia Saudita e Irán.

En la Guerra Civil en Siria, tras una serie de vaivenes militares, Al-Assad se posicionó como el mayor beneficiario de una compulsión que forzó el desplazamiento – tanto interno como externo – de más de la mitad de su población. Desde sus comienzos, el conflicto tuvo un alto grado de internacionalización desde la intervención de potencias extrarregio-

nales hasta la existencia del fenómeno de los ‘milicianos extranjeros’. Para su beneficio, el régimen de Al-Assad contó con el apoyo de Rusia, Irán y la milicia libanesa Hezbollah que se enfrentaron a una plétora heterogénea de grupos armados opositores, entre los que se destacan el Estado Islámico y Al-Qaeda en Siria. Asimismo, la expansión del Estado Islámico fue combatida por la Coalición Internacional contra el Estado Islámico liderada por los Estados Unidos, quien además colaboró con el refuerzo de las capacidades de grupos armados como las Fuerzas Democráticas Sirias – conformadas principalmente por milicianos kurdos del YPJ – y la Coalición Árabe Siria.

El vacío generado en el manejo del territorio sirio abrió la puerta a la expansión de instalaciones estratégicas y conquistas territoriales por parte de actores externos, además de la utilización del territorio sirio como un campo de batalla para todo tipo de operaciones. Mediante la operación Escudo del Éufrates en 2017, Turquía pasó a controlar más 2000 km² en el Noroeste de Siria, además de llevar adelante operaciones en las regiones de Afrin y Idlib. Rusia estableció la Base Naval de Tartus mediante un acuerdo en enero de 2017 por 49 años, asegurando a las fuerzas navales rusas una proyección sostenida en el Mediterráneo Oriental a través de la Flota del Mar Negro. El componente militar ruso en Siria incluye de forma permanente la Base Aérea de Khmeimim, además del despliegue de más de 4.000 efectivos a lo largo y ancho del espacio controlado por el régimen. Además de la motivación externa de sostener un régimen aliado, Moscú tenía serias preocupaciones en relación a los ‘milicianos extranjeros’ rusos en Siria que se calculaban entre 4.000 y 5.000, previendo consecuencias negativas para la seguridad regional del Cáucaso Norte, especialmente para las repúblicas de Chechenia y Dagestán (Russell, 2018). Por último, Irán ha desplegado de forma sostenida más de 2.000 efectivos en diversas instalaciones que han sido un objetivo por parte de la Fuerza Aérea Israelí, especialmente en la zona de los Altos del Golán.

Para China, su rol político y estratégico no se condice con su rol como el principal socio energético además de poseer una importante presencia comercial y financiera. Su estrategia ha sido proclive a la acomodación, aunque aprovecha las tensiones regionales de Estados Unidos, por ejemplo en el sector energético, para expandir su influencia como en el caso de Arabia Saudita donde ya es su cliente principal. Medio Oriente

explica más del 50% de las importaciones chinas de crudo, mientras que superó en 2013 a EE.UU. como el principal consumidor de petróleo del Golfo Pérsico. Los datos económicos también son abrumadores. Entre 2003 y 2012, el comercio se multiplicó por 12 desde USD 20.8 a USD 262.1 mil millones, superando en 2009 a los Estados Unidos, y desde 2016 es el mayor inversor externo con un *stock* superior a USD 30 mil millones. Por último, Beijing ha generado un ambiente de cooperación económico mediante la implementación de tres herramientas: la firma de Asociaciones Estratégicas (por ejemplo, con Argelia, Egipto, Arabia Saudita, y Emiratos Árabes Unidos), el desarrollo de foros de cooperación interregional como el Foro de Cooperación China-Estados Árabes (CASCF) y el Foro sobre Cooperación China-África (FOCAC) y la promoción de zonas económicas especiales y ferias comerciales.

En el Medio Oriente, los principales intereses chinos se encuentran vinculados a fortalecer los lazos económicos, asegurar el abastecimiento energético, además de garantizar la estabilidad y el control interno, particularmente en la Región Autónoma Uigur de Sinkiang. En relación al último punto es importante destacar la posición de ‘no-interferencia’ en el conflicto sirio, aunque con una ‘neutralidad benigna’ hacia Al-Assad. Si bien ha habido reportes sobre el posible envío de fuerzas especiales para ‘neutralizar’ a los combatientes de origen chino – en su mayoría, de origen uigur – enrolados en el Movimiento Islamista del Turquestán del Este y el Partido Islamista del Turquestán, la reacción oficial china fue negativa (Pauley y Marks, 2018). De todas maneras, China continuó vendiendo armas a Siria e inclusive envió asesores militares para entrenar a las fuerzas sirias con el material adquirido, especialmente rifles de francotirador, lanzadores de cohetes y ametralladoras (Telegraph, 2016). Si bien China ha mantenido un bajo perfil en temas militares y de seguridad, se visualiza un creciente involucramiento militar con la mayor participación en operaciones de paz, la incorporación en operaciones contra la piratería en el Mar Rojo y la creciente venta de armas a estados de la región.

3. Renegociando el espacio euroasiático

La configuración de la Gran Eurasia en el nuevo orden internacional tiene su expresión concreta en las dinámicas de órdenes regionales tanto

cooperativos como el caso de Asia Central, como conflictivas en los casos del Medio Oriente donde se visualiza un progresivo desplazamiento de la centralidad del bloque atlantista en beneficio de un heterogéneo eje euroasiático encabezado por una particular afinidad estratégica entre China y Rusia frente a Occidente. En la última década, hay un marcado retiro del rol de los Estados Unidos ya sea como producto de sus propias equivocaciones como en la guerra de Iraq, como por la asertividad de grandes y medianas potencias regionales. En el Medio Oriente, este fenómeno se evidencia con mayor intensidad, aunque las potencias occidentales han perdido terreno en el Cáucaso dado los límites que impone Rusia a la vinculación privilegiada con Georgia y la neutralización de la ‘política exterior balanceada’ de Azerbaiyán, mientras que en Asia Central la proyección se limita en lo estratégico a las operaciones en Afganistán dado el cierre de las bases estadounidenses en Asia Central y la falta de incentivos económicos para competir contra China y Rusia.

El experto ruso Sergei Karaganov afirma que “en el futuro puede surgir un duunvirato en Asia Central, en el que China proporcionará inversiones y recursos, y Rusia aportará seguridad y estabilidad geopolítica” (Karaganov, 2016). Sin embargo, no todos los observadores son tan optimistas. La vinculación preferencial entre China y Rusia se encuentra caracterizada por una silenciosa competencia con un potencial de disrupción frente a dos tendencias en pleno desarrollo, la proyección estratégica de China para asegurar sus intereses económicos y el estancamiento económico ruso que limita sus instrumentos de política exterior para continuar asegurando su primacía en el espacio post-soviético, lo que podría interrumpir el *modus vivendi* que le da a China una primacía en las cuestiones económicas y a Rusia en temas estratégicos y de seguridad.

Las narrativas geopolíticas en los órdenes regionales euroasiáticos han puesto el foco sobre la evolución de las vinculaciones sino-rusas, destacando el escenario de Asia Central como un laboratorio del nuevo orden internacional en transición. El principal interrogante – todavía sin una respuesta clara – es si la Federación Rusa aceptará una Eurasia bajo una primacía económica de la República Popular China mediante el desarrollo de una alianza defensiva frente a Occidente o si, por el contrario, Rusia comenzará a desarrollar mecanismos de balance y

contrapesos para limitar la extensión de la influencia china, especialmente en su tradicional zona de influencia.

En este contexto, la iniciativa OBOR y sus principales rutas terrestres que atraviesan el espacio post-soviético se presenta como uno de los principales *tests* en relación al futuro de las relaciones sino-rusas y el futuro político de la gran masa euroasiática, especialmente en relación a la posibilidad de establecer una ‘Asociación de la Gran Eurasia’ vinculando OBOR con la Unión Económica Euroasiática (UEE) (Li, 2018). Otro de los *test* más interesantes se encuentra en el desarrollo de una ruta alternativa de transporte marítimo a lo largo de la Ruta del Mar del Norte que se encuadraría en lo que China denomina en su Libro Blanco sobre la Política Ártica la “Ruta de la Seda Polar” y se encuentra en línea con los proyectos marítimos rusos para desarrollar su presencia en el Ártico (Johnson y Standish, 2018).

NOTAS

1. Hacia 2017, la República Popular China ya se encuentra en segundo lugar en términos de gastos, mientras apuesta al desarrollo y construcción de capacidades para el acceso a los espacios globales, fundamentalmente en espacios marítimos y espaciales.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABD (2010). *Central Asia Atlas of Natural Resources*. Central Asian Countries Initiative for Land Management, Asian Development Bank: Philippines.
- Aris, S. (2009). “The Shanghai Cooperation Organisation: ‘Tackling the Three Evils’. A Regional Response to Non-traditional Security Challenges or an Anti- Western Bloc?”, en *Europe-Asia Studies* 61, no. 3.

- BP (2018). *BP Statistical Review of World Energy*, London.
- Bregolat, E. (2007). *La Segunda Revolución China*, Barcelona: Destino.
- Brzezinski, Z. (2012). *Strategic Vision: America and the crisis of Global Power*. New York: Basic Books.
- Charap, S., Drennan, P. and Pierre (2017). 'Russia and China: A new model of great-power relations', en *Survival*, 59(1): 25-42.
- Cooley, A. (2012). *Great Games, Local Rules: The New Power Contest in Central Asia*, Oxford University Press.
- De Waal (2010). *The Caucasus: an introduction*. New York: Oxford University Press.
- Derudder, B. J. R., Liu, X. y Kunaka, C. (2018). *Connectivity Along Overland Corridors of the Belt and Road Initiative*, MTI discussion paper; no. 6. Washington, D.C.: World Bank Group.
- Dzarasov, R. (2014). "Cómo Rusia volvió al capitalismo. El desarrollo del subdesarrollo en sociedades postsoviéticas", en *Nueva Sociedad*, 253, 20-135.
- Eder, T. (2014). *China-Russia relations in Central Asia: energy policy, Beijing's new assertiveness and 21st century geopolitics*, Springer VS research. Wiesbaden: Springer.
- Feng, Z. (2012). "Rethinking China's Grand Strategy: Beijing's Evolving National Interests and Strategic Ideas in the Reform Era," en *International Politics* 49:3, 2012, 318-345.
- Gonzalez Levaggi, A. (2018). "After the U.S. hegemonic retreat: Russia's Foreign and Security Policy in the Middle East", en *Brazilian Journal of International Relations*, Vol. 7 (3), 646-666.
- Halliday, F. (2005). *The Middle East in International Relations: Power, Politics and Ideology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hashimova, U. (2018). "Why Central Asia Is Betting on China's Belt and Road", *The Diplomat*, available at <https://thediplomat.com/2018/08/why-central-asia-is-betting-on-chinas-belt-and-road/>.
- Herspring, D. y Wegren, S. (comp.) (2013). *After Putin's Russia: Past Imperfect, Future Uncertain*, Rowman & Littlefield.
- Hinnebusch, Raymond (2015). 'Structure over Agency: The Arab Uprising and the Regional Struggle for Power' en Spyridon Litsas y Aristotle

- Tziampiris, *The Eastern Mediterranean in Transition: Multipolarity, Politics and Power*. New York: Ashgate, 119-132.
- Huseynov, V. y Rzayev, A. (2018). “Is China’s Economic Expansion in the South Caucasus a Myth?”, en *The Diplomat*, disponible en <https://thediplomat.com/2018/11/is-chinas-economic-expansion-in-the-south-caucasus-a-myth/>.
- Johnson, K. y Standish, R. (2018). “Putin and Xi are Dreaming of a Polar Silk Road”, en *Foreign Policy*, disponible en <https://foreignpolicy.com/2018/03/08/putin-and-xi-are-dreaming-of-a-polar-silk-road-arctic-northern-sea-route-yamal/>
- Kaplan, R. D. (2016). ‘Eurasia’s Coming Anarchy: The Risks of Chinese and Russian Weakness’, en *Foreign Affairs*, 95(2): 33-41.
- Karaganov, S. (2016). “How the World Looks From the Russian Perspective”, en *Global Affairs*, disponible en <http://eng.globalaffairs.ru/pubcol/HowtheWorldLooksFromtheRussianPerspective18303>.
- Kissinger, H. (2014). *Orden Mundial*. Barcelona: Debate.
- Lain, S. (2018). “The potential and pitfalls of Connectivity along the Silk Road Economic Belt” en Laruelle, Marlene, *Chinese Belt and Road Initiative and its Impact in Central Asia*, Washington DC: The George Washington.
- Lemon, E. (2018). “China, Russia and Security in Central Asia”, en *Rising Powers Quarterly*, disponible en <http://risingpowersproject.com/china-russia-security-central-asia/>.
- Li, Y. (2018). “The greater Eurasian partnership and the Belt and Road Initiative: Can the two be linked?”, en *Journal of Eurasian Studies*, Volume 9 (2): 94-99.
- Lin, C. (2016). ‘A New Eurasian Embrace: Turkey Pivots East While China Marches West’ en Niv Horesh, *Toward well-oiled relations?: China’s presence in the Middle East following the Arab Spring*. New York: Palgrave, 30-48.
- Luciani, G. (2016). ‘Oil and Political Economy in the International Relations of the Middle East’ en Louise Fawcett, *International Relations of the Middle East*. New York: Oxford University Press, 105-131.
- Malena, J. (2010). *China, la construcción de un país “grande”*, Buenos Aires: Editorial Céfiro.

- Malena, J. (2018). “La Gran Estrategia China en la Era Xi Jinping” en Llenderozas, Elsa (comp.) *China, Rusia e India en América Latina. Un enfoque multidimensional*. Buenos Aires: UNDEF.
- MFARF (2013). *Concept of the Foreign Policy of the Russian Federation*, The Ministry of Foreign Affairs of the Russian Federation, disponible en http://www.mid.ru/en/foreign_policy/official_documents/-/asset_publisher/CptICk6BZ29/content/id/122186
- Miller, B. (2007). *States, Nations, and the Great Powers: The Sources of Regional War and Peace*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Öniş, Z. (2014). ‘Turkey and the Arab Revolutions: Boundaries of Middle Power Influence in a Turbulent Region’, en *Mediterranean Politics*.
- Pascual, Carlos and Zambetakis, Evie (2009). ‘The Geopolitics of Energy: From Security to Survival’, in Carlos Pascual and Jonathan Elkind (eds.), *Energy Security: Economics, Politics, and Implications*. Washington, D.C.: The Brookings Institution.
- Pauley, L. y Marks, J. (2018). “Is China Increasing its Military Presence in Syria?”, en *The Diplomat*, disponible en <https://thediplomat.com/2018/08/is-china-increasing-its-military-presence-in-syria/>.
- Peimani, H. (2009). *Conflict and Security in Central Asia and the Caucasus*, Santa Barbara: ABC-CLIO.
- RPCCh (2011). *China’s Peaceful Development, The State Council of the People’s Republic of China*, disponible en http://english.gov.cn/archive/white_paper/2014/09/09/content_281474986284646.htm
- Russell, M. (2018). *Russia in the Middle East: From sidelines to centre stage*, European Parliamentary Research Service, Brussels: European Parliament.
- Sakwa, R. (2015). ‘Dualism at Home and Abroad: Russian Foreign Policy Neo-Revisionism and Bicontinentalism’, en David Cadier and Margot Light (eds), *Russia’s Foreign Policy: Ideas, Domestic Politics and External Relations*. London: Palgrave Macmillan, 65-79.
- Scobell, A. (2018). ‘China’s search for Security in the Greater Middle East’ en James Reardon-Anderson, *The Red Star and the Crescent: China and the Middle East*. New York: Oxford University Press, 13-57.
- Serbin, A. (2018). “La configuración de la Gran Eurasia y su impacto en la gobernanza global”, *Anuario CEIPAZ 2017-2018 Derechos humanos*

y seguridad internacional: amenazas e involución, Madrid: CEIPAZ, pp.121-139.

Sergunin, A. (2015). *Explaining Russian Foreign Policy Behavior: Theory and Practice*, Stuttgart: Ibidem-Verlag Haunschild.

The Telegraph (2016). “China steps up ‘military cooperation’ with Assad as top admiral visits Damascus”, disponible en <https://www.telegraph.co.uk/news/2016/08/18/china-steps-up-military-cooperation-with-assad-as-top-admiral-vi/>

Tsygankov, A. (2011). “Preserving influence in a changing world. Russia’s Grand Strategy”, en *Problems of Post-Communism*, Vol. 58 (2), 28–44.

Walt, S. (1987). *Origins of Alliances*, Ithaca: Cornell University Press.

Xi, J. (2017). *Texto íntegro del informe presentado por Xi Jinping ante XIX Congreso Nacional del PCCh*, XIX Congreso Nacional del Partido Comunista de China, disponible en http://spanish.mofcom.gov.cn/article/zt_19da/news/201801/20180102695836.shtml.

RESUMEN

Eurasia en ascenso: cambios y continuidades en los órdenes regionales de Asia Central, el Cáucaso y Medio Oriente

El artículo tiene como objeto presentar el impacto del gran cambio geoestratégico del siglo XXI sobre los órdenes regionales territoriales dentro de la Gran Eurasia, prestando particular atención a la interacción entre las grandes potencias regionales y extrarregionales en Asia Central, el Cáucaso y el Medio Oriente. La crisis financiera internacional de 2008/2009 y el dinamismo de las potencias emergentes han facilitado la traslación de la centralidad geopolítica del espacio atlántico hacia la Gran Eurasia, con ramificaciones en los principales mecanismos globales de dominación y asignación de recursos. En los últimos quince años, la hegemonía de los Estados Unidos ha sufrido un deterioro progresivo a nivel global en el plano militar y económico, al mismo tiempo que China se proyecta como el gran competidor estratégico en el siglo XXI y Rusia contrapone con políticas asertivas la extensión del bloque atlantista en su zona de influencia. Tres preguntas proporcionan una guía para comprender el nuevo escenario en la Gran Eurasia: ¿Cuál será el rol de China en una Eurasia progresivamente

sino-céntrica? ¿Cómo responderá la Federación Rusa ante este escenario? ¿La retirada hegemónica de EE.UU. fortalece la narrativa de un eje, o por el contrario fomenta la competencia entre sus principales actores regionales?

ABSTRACT

Eurasia on the Rise: Changes and Continuities in Central Asia, the Caucasus and the Middle East Regional Orders

This article aims to present the impact of the major geostrategic change of the 21st century on territorial regional orders within the Greater Eurasia, paying special attention to the interaction between the great regional and extra-regional powers in Central Asia, the Caucasus and the Middle East. The international financial crisis of 2008/2009 and the dynamic nature of the emerging powers have facilitated a shift of the geopolitical centre of gravity from the Atlantic area towards the Greater Eurasia, with repercussions in the main global mechanisms of domination and allocation of resources. In the last fifteen years, United States military and economic hegemony has suffered progressive deterioration at the global level, while, at the same time, China is viewed as the great strategic competitor in the 21st century and Russia resorts to assertive policies to oppose the extension of the Atlantic block in its area of influence. Three questions serve as a guide to understand the new scenario in the Greater Eurasia: What will be the role of China in a progressively Sino-centric Eurasia? How will the Russian Federation respond to this scenario? Will the US hegemonic retreat favour the development of an alternative axis or, on the contrary, encourage competition among its main regional actors?

SUMMARY

Eurásia em ascensão: mudanças e continuidades nas ordens regionais da Ásia Central, do Cáucaso e do Oriente Médio

Este artigo tem como objetivo mostrar o impacto da grande mudança geoestratégica do século 21 sobre as ordens regionais territoriais dentro da Grande Eurásia, prestando particular atenção à interação entre

as grandes potências regionais e extra-regionais na Ásia Central, no Cáucaso e no Oriente Médio. A crise financeira internacional de 2008-2009 e o dinamismo das potências emergentes facilitaram o traslado da centralidade geopolítica do espaço atlântico para a Grande Eurásia, com ramificações nos principais mecanismos globais de dominação e distribuição de recursos. Nos últimos quinze anos, a hegemonia dos Estados Unidos vem sofrendo um desgaste progressivo em nível global nos planos militar e econômico, ao mesmo tempo que a China se projeta como o grande concorrente estratégico no século 21 e a Rússia contrapõe com políticas assertivas a extensão do bloco atlântico em sua zona de influência. Três perguntas proporcionam um guia para compreender o novo cenário na Grande Eurásia: Qual será o papel da China em uma Eurásia progressivamente sino-cêntrica? Como a Federação Russa responderá a esse cenário? A retirada hegemônica dos Estados Unidos fortalece a narrativa de um eixo ou, pelo contrário, fomenta a concorrência entre seus principais atores regionais?